

PRÓLOGO

“Toda enfermedad acaba tarde o temprano, pero debemos plantearnos si somos lo suficientemente fuertes como para superarla”.

Anónimo.

Tenía el corazón lleno de una profunda amargura que no le dejaba apenas respirar. Cogía aire. Contemplaba el cuerpo de su hija recién nacida con sólo unos pocos días de vida. Se encontraba tranquila y profundamente dormida. Desde el día de su nacimiento no había emitido un sólo llanto, para orgullo de su padre.

Parmenio se encontraba sentado en el centro de la habitación, contemplándola, lleno de dolor y con los ojos lagrimosos. Más al fondo, en una cama pegada a la pared, descansaba su hijo mediano, mientras que su primogénito, Antio, se revolvía en una profunda pesadilla a los pies del lugar en que descansaba su hermano.

Parmenio levantó la mirada con la congoja en el rostro. El silencio inundaba la casa y sólo un murmullo proveniente de la brisa que golpeaba las encinas cercanas, penetraba en su interior. Miró a través de la ventana. El cielo proyectaba un fuego rojizo sobre unos negros nubarrones. La noche se abría paso poco a poco, y la luz se atenuaba con cada segundo que Parmenio se mantenía en un mar de dudas.

Los sacerdotes habían sido claros y las leyes de su pueblo eran categóricas. El recién nacido no debería de vivir más allá de la primera luna de vida. Los astros así lo indicaban, todas las señales así lo apuntaban y los augurios eran claros. El dolor de un padre era mucho mayor que lo que pudiera decir cualquier vaticinio. Aún así, las leyes de su pueblo siempre habían sido tajantes desde tiempos inmemoriales. Lo predijeran o no, los sacerdotes le habían dicho el día anterior lo que debería de hacer, la atrocidad que debería de cometer, pero Parmenio no se atrevía. Era su hija.

El Caviadan había permanecido inmutable a lo largo de siglos, tal vez milenios. Jamás nadie había conseguido que aquello cambiara, ni siquiera los Mestizos. Estaba allí mucho antes de que se fundara Mirdar, mucho antes de la Gran Guerra, desde que los dioses caminaron por el mundo. La familia de Parmenio vivía en el interior del bosque desde que él recordase, siempre les había ido todo bien. Nunca les faltó de nada a él y a su esposa. Salud, comida, posición, felicidad... Hasta aquel día en que los dioses les castigaban por su fortuna. Les habían dado una hija preciosa, y ahora, no sólo pretendían arrebatarla, sino que también tenían que entregársela ellos mismos como ofrenda.

Parmenio volvió a salir de sus pensamientos y miró de nuevo por la ventana. Si los dioses oscurecían la tierra y ocultaban las lunas, significaba que había llegado el momento y tendría que cumplir con su deber.

Descolgó la capa de la pared y la echó sobre los hombros. Se acercó a la cuna en donde dormía plácidamente su hija y se inclinó sobre ella, recordando el día de su

nacimiento. Su mujer había salido de cuentas casi tres semanas atrás y el embarazo amenazaba su propio estado de salud. Los médicos de su pueblo estaban preocupados y carecían de los conocimientos necesarios para enfrentarse a una situación como esa. Tampoco había tiempo para avisar a los grandes médicos de los Mestizos, Inafae y Galeno. El propio Parmenio hubiera dado todo cuanto poseía porque Ellof estuviera allí con ellos, pero uno de los Mestizos había desaparecido sin dejar rastro y el elfo estaba ocupado en asuntos muchos más importantes que atender a su esposa, que se debatía entre la vida y la muerte.

Recordaba cómo le habían prohibido la entrada a la tienda aquellos que tenían más fama de ser unos carniceros que unos buenos médicos. Estaban decididos a intervenir y Parmenio ya no podía evitar que tocaran a su esposa. La muerte se cernía sobre ella y le había estado implorando que le ayudara, pero él se sentía impotente, no sabía cómo la podía ayudar, salvo dejarla en manos de aquellos matarifes más acostumbrados a curar heridas en campaña, que a curar y atender a verdaderos enfermos. La trataron como si fuera un animal de granja al que asistían en el parto, con cuerdas y cubos de agua en vez de instrumental médico. Aún escuchaba en su cabeza los horripilantes gritos de su mujer y el alboroto organizado por una cuadrilla de incapaces, que al menos habían contribuido a traer al mundo innumerables reses. Si su mujer hubiese muerto, los habría matado a todos y cada uno de ellos, aunque le hubiese costado la vida. Después de los gritos, escuchó el apenas perceptible llanto de la hija a la que estaba contemplando. Una lágrima se deslizó a través de su mejilla y saltó de su rostro hasta caer encima de la pequeña criatura, que se revolvía lentamente en su regazo.

Parmenio había entrado a todo correr al oír el escándalo, y lo primero que vio al entrar, fue el aspecto cansado, pero feliz, de su mujer pidiendo que le entregaran a su pequeña. Aquella imagen sería la que se quedase en la retina de Parmenio para siempre, jamás la había visto tan hermosa como aquel día, y su hija era el vivo retrato de su madre. Los rasgos suaves de su cara se entrelazaban con los cautivadores ojos azules y la larga melena desvencijada de su amada. Esos rasgos perfectos se contraponían a las profundas ojeras, el cansancio reflejado en su rostro y la falta de fuerzas que invadía su cuerpo. Parmenio la recordaba tan frágil en ese momento que se volvió a enamorar de ella al instante. Allí postrada, pidiendo que le entregaran a su pequeña, iluminada por el bello rostro de su retoño. Parmenio se quedó quieto viendo la escena, como si el tiempo se hubiera ralentizado y hubiera ascendido al cielo del amor. Jamás volvería a amar, en ese momento lo tuvo claro.

Ahora el dolor inundaba sus venas. No quería hacerle daño, pero si no lo hacía él, lo harían otros, y jamás dejaría que nadie tocara a su pequeña. Él era un hombre de honor y cumpliría con su deber... Con el deber de su pueblo. La pequeña boca de su hija se abría y gimoteaba, fruto de la mano que la agitaba y la cubría con un diminuto paño, quitándole el frío que reinaba en la habitación. Se alejó lentamente de la cuna y se dirigió muy despacio hacia la puerta. Cada paso que daba era más duro que el anterior. Cada pequeña distancia que recorría hasta la puerta era un calvario que se marcaba dentro de su alma. Cada instante que transcurría, su agonía era mayor.

Llegó al umbral de la puerta y se detuvo contemplando la enorme pieza de madera que lo separaba del exterior. Su mano lentamente se iba acercando al pomo y al recuerdo de la Prueba de Nacimiento que todos los miembros de su pueblo debían pasar al llegar al mundo de los vivos. Los cinco sacerdotes le arrebataron a su pequeña, eran los encargados de cumplir con una tradición milenaria, y a los que odiaba con toda la fuerza de su espíritu. Examinaron su cuerpo después de desnudarlo y emitieron el fatal veredicto. Jamás se lo perdonaría, pero era el precio por pertenecer al pueblo que habitaba el Caviadan.

La hilera de antorchas iluminaba la oscuridad de la noche, tan espesa como pocas. Los sacerdotes habían terminado el ritual y habían depositado el cuerpo de su hija en el gran altar de granito blanco que se elevaba sobre ellos. Los cánticos de las vestales y los bailes de sus cuerpos contoneándose alrededor del fuego, en un profundo trance, aún se mantenían en la retina de Parmenio. Y sobre todo aquellas palabras. Las palabras que le quebraron el alma para siempre.

- Esta niña lleva la marca, pero los augurios no son buenos. —repitió el supremo sacerdote—. Todos sabéis lo que esto significa. —Un silencio sepulcral inundó el claro del bosque en el que solían reunirse para realizar sus ceremonias más sagradas—. Ya lo hemos visto antes, y tú Parmenio, lo has vivido en tus propias carnes. —La mirada fija del sacerdote, inquisitiva, se clavó alrededor de los demás Caballeros de Mirdar. Todos guardaron silencio, pero se mantuvieron del lado de su amigo, esperando una respuesta que no llegó por su parte—. La criatura está tullida y la marca le nace en su brazo izquierdo. Las lunas se esconden de nosotros. Las ascuas del fuego se marchitan alejadas por el viento y el oso no ha aparecido por ningún lado. —El silencio continuaba tan intenso como antes—. Las aves no sobrevuelan el cielo, las estrellas no iluminan el firmamento y los árboles no se mueven estremecidos por lo que pueda acontecer. ¡Miradla todos! —La pequeña mostraba una deformidad en su pie derecho que le ascendía casi hasta la rodilla. Apenas movía la pierna, era como si se encontrara agarrotada. Sin embargo, parecía que la pequeña disfrutaba con ello, como si para ella no fuera un problema—. Si no tuviera la marca...
- ¡Moriría igual, Eylim! —gritó Parmenio, quien no pudo reprimir más su rabia contenida.
- ¡Al menos tendría una oportunidad, Parmenio! —Le reprochó por su actitud el sacerdote—. Si lleva la marca ya sabes lo que significa. El veredicto está decidido y es claro. Cumple con tu deber Parmenio. —le exigió Eylim, volviéndole la espalda, y dando por concluida la ceremonia y cualquier tipo de queja.

Parmenio se había derrumbado en su recuerdo. Miró hacia el techo llorando, respiró hondo sin volver la mirada hacia su hija. Con decisión aferró el pomo de la puerta, lo giró y cruzó el umbral de la misma. Comenzó a andar con rapidez atravesando el atrio, y bajando los pequeños escalones de la casa, iluminados apenas por una linterna de barro cocido. Cuando se asomó al patio le embistió una ráfaga de aire helado que a

punto estuvo de apagar la llama, de por sí débil. Al girar y llegar hasta el otro lado del patio la silueta de Lyliam lo detuvo. Su amada se encontraba delante de él. Estaba pálida y tenía muy abiertos sus grandes ojos relucientes. Parmenio se quedó petrificado. Su mirada denotaba lo que sentía. Se encontraba profundamente defraudada por él. Lo notaba. Lo sentía. No pudo pronunciar una sola palabra por un instante, después sólo acertó a emitir un leve balbuceo. La sangre se le heló por completo. Las piernas fuertes como recios robles, robustas como pilares, se convirtieron en juncos. Los brazos le temblaban como si estuviera delante de su primer amor y no supiese qué decirle.

— No estaba hecha para nosotros y lo sabes... —murmuró con la voz quebrada—. No la hicieron para nosotros... No nos pertenece. —se intentaba justificar delante de su amada. Lyliam se mantenía impassible. Rogándole que no lo hiciera, que no se la llevara de su lado—. Lo tenía que hacer ahora, por la noche. Sino no habría sido capaz de hacerlo. No habría tenido fuerzas...

Lyliam acercó sus manos hacia el pequeño envoltorio que llevaba Parmenio entre sus brazos, y con la mirada suplicante, buscó los ojos de su marido. La pequeña comenzó a gimotear levemente, y de pronto, estalló en un mar de lágrimas y sollozos. Parmenio no aguantó más y huyó de allí con toda la fuerza que le daban sus piernas, haciendo que su mujer se quedara de pie, inmóvil, oyendo como los lloros de su hija partían hacia la lejanía y se volvían cada vez más débiles, hasta perderse entre la floresta. Había nacido tullida, todos los augures lo tenían claro, y más llevando la marca en su brazo izquierdo. Las leyes del Caviadan la habían condenado a muerte.

Parmenio corrió con todo el impulso que le daban sus poderosas piernas. El bosque se abría paso ante él con una velocidad pasmosa. Los árboles se convertían en pequeños tallos que cruzaban su vista llorosa a toda velocidad, mientras que la oscuridad no le ayudaba en nada a orientarse dentro del Caviadan. Sabía hacia dónde tenía que ir, hasta dónde tendría que dirigirse, hasta el Nak-Enade como lo llamaban los Mestizos. Las Montañas del Miedo. Ese nombre lo tomaba del gran río que cruzaba justo por el otro lado de las montañas, y que bajaba desde el norte, del lejano reino de los enanos, el reino de las Colinas del Norte de donde comenzaba a fluir. Descendía hasta Mirdar atravesando el Nak-Karhus, para juntarse con el Hevoras, el río que provenía del oeste, desde el Denias; para bordear finalmente el Nak-Enade y desembocar en el Lasha-Beseres. En esas montañas se encontraba el lugar de sacrificio de aquellos niños que nacían con la marca y no pasaban el ritual.

Los antepasados de los hombres que habitaban el Caviadan habían sufrido graves consecuencias permitiendo vivir a esa clase de niños. Al menos las leyendas del pasado así lo atestiguaban. Nadie permitiría que se volvieran a producir las atrocidades cometidas por esas criaturas, por eso eran sacrificados sin miramientos. No había concesiones. La sangre del pueblo de Caviadan descendía directamente de los primeros días del mundo, era un pueblo que aún conservaba los poderes y las fuerzas de aquellos días, pero sólo les correspondían a unos pocos elegidos. El tiempo y ciertos mestizajes, habían hecho que las fuerzas de aquellos hombres sólo se vieran reflejadas en aquellos en que su sangre, su cuerpo y su espíritu, eran capaces de soportarlo. Aquellos que nacían

con la marca y eran capaces de llevarla, eran venerados y respetados por todos dentro de la comunidad, pues mostraban lo que una vez fueron, y les hacían recordar lo poderosos que habían sido en el pasado a pesar de los siglos de olvido a los que habían sido sometidos. Aunque no siempre todos esos niños que nacían con la marca, lo hacían de una manera honrosa. Muchos eran incapaces de soportar el don que se les había entregado, y parecía como si estuvieran poseídos por alguna clase de demonio que no les dejaba ser ellos mismos, transformándoles en unos seres tan monstruosos y sedientos de sangre, que eran un peligro para todo aquel que se mantuviera cerca de ellos.

Al principio, se les permitía vivir y el castigo simplemente era el destierro. Un destierro del que jamás volverían. Pronto las noticias de las brutalidades que cometían lejos de sus tierras llegaron a oídos de los hombres del Caviadan y decidieron ponerles fin. Con cada nuevo nacimiento el niño era examinado, y aunque siempre había sido fácil identificar quienes se desviarían del camino, a veces se cometían errores que para muchos eran irreparables. Por eso en un principio el castigo fue el destierro. Con el tiempo se intentó salvar las almas de los poseídos. Los sacerdotes intentaron toda clase de exorcismos, sin que ninguno de ellos consiguiera dar sus frutos. La muerte era la única alternativa, pero los errores seguían existiendo. Por eso los sacerdotes pusieron sus ojos en las cercanas Montañas del Miedo, para que fueran los dioses los que decidieran darles una oportunidad y la sentencia no recayera sobre ellos mismos.

El Nak-Enade siempre habían sido unas montañas llenas de misterio. El aura que recorrían sus nubes perpetuas, siempre les habían otorgado un haz enigmático, que no se le escapaba a nadie que hubiese vivido cerca de aquellas tierras, o las hubiera contemplado en su plenitud. Nada se contaba de ellas, pero todos las respetaban. Simplemente siempre habían estado ahí, surcando el cielo de Mirdar para todo aquel que las observara desde el Bosque del Oso: el Caviadan. De alguna manera todas las culturas al oeste del Lasha-Beseres habían pensado que esas montañas eran el último lugar en el que habitaban los dioses dentro de todo el Mundo Conocido. Por eso la mayor parte de aquellos montes permanecían inexplorados, salvo por los mismos hombres que vivían a los pies de las Montañas del Miedo.

Incluso los propios Mirdalirs lo consideraban un lugar de culto y sagrado, y desde la fundación de Mirdar, todos los Caballeros de Mirdar eran enterrados en un inmenso mausoleo en Morens Alania, una montaña en el centro del Nak-Enade; por considerar, que los mejores guerreros de Mirdar, y sobre los que se sustentaba todo su poder, estarían más cerca de los dioses y tendrían un lugar privilegiado en el edén. Honor que era reconocido por todos los pueblos del Mundo Conocido, otorgándoles un prestigio difícilmente igualable por ningún otro guerrero y una posición envidiable por muchos, pues el nivel de vida que podían llevar, si cumplían sus obligaciones, era mucho mejor que el de la mayoría de la gente considerada acomodada.

El camino que atravesaba esas montañas se denominaba Alda-Mirdar: el Sepelio de Mirdar. Era un camino muy poco transitado pues conducía directamente al Cabo Viejo de Mirdar, lugar donde eran enterrados los propios Mirdalirs. Sólo se utilizaba para transportar los cuerpos de los Mestizos, desde la Ciudad Blanca, hasta el mismo sitio en

el que encontrarían descanso eterno, y así poder cruzar al Otro Lado en paz. Muy pocas veces las comitivas llegaban hasta el Lasha-Beseres, pues la mayor parte se detenían en Morens Alania, prácticamente a mitad de camino.

Cerca de Morens Alania, había un camino que se dirigía hacia el norte, siguiendo la estela que llegaba hasta el mismo río Enade. Era un paso estrecho que ascendía a través de las últimas montañas del Nak-Enade, en su parte norte, un sendero que ascendía por una de las laderas del Kailash. Ese lugar tan sólo era conocido por el pueblo que habitaba el Caviadan, un lugar de culto y ampliamente marcado dentro de su cultura, pues suponía el nuevo castigo para las aberraciones que no superaban el ritual.

Parmenio conocía muy bien ese lugar e intentaba evitarlo a toda costa, por encima incluso de sus propias fuerzas. Luchaba en su interior para sacarse de su cabeza el deber que tenía con su pueblo. Jadeaba. Su mente no hacía más que elucubrar, y sus ojos, no quitaban su mirada de las montañas que asomaban entre las copas de los árboles. Había parado de correr e intentaba poner claridad en su mente. Respiró hondo, intentando coger aire poco a poco, y volvió a mirar las montañas nubladas que se elevaban por entre los árboles del Caviadan. «Llegados hasta aquí, ya no hay vuelta atrás», pensó. Salió del bosque siguiendo la dirección que marcaba Alda-Mirdar y comenzó el ascenso hasta Morens Alania. Su paso era lento y tortuoso, mucho peor que el de cualquier peregrino. Protegía a su hija del intenso viento que comenzaba a arreciar después de salir de la protección del bosque. La pequeña hacía rato que había dejado de llorar y se acurrucaba suavemente en el regazo de su padre, buscando el cobijo que él le daba.

Llegó al cruce que se desviaba hacia el Kailash, y lo siguió como un autómata, conocedor del camino. Se adentró en la niebla, tan intensa que apenas dejaba ver un palmo del sendero. Subió durante una larga y penosa hora hasta que de pronto, la senda se comenzó a nivelar muy lentamente, para después descender con suavidad. Parmenio caminó muy despacio, con tiento, pues la visión del camino se diluía debido a la intensa niebla. Resbaló y se tropezó con una pequeña roca del camino, cayendo de espaldas. Cuando se levantó vio la señal del oso, la marca de un zarpazo impregnada en la piedra. Parmenio se detuvo al instante, sabía que había llegado al lugar y que debía andar con sumo cuidado.



Tanteó a su alrededor, se sentó sin soltar ni un momento el pequeño envoltorio que llevaba entre sus brazos, y buscó con la mano libre algo que le pudiera indicar a qué distancia estaba el altar. Suavemente tocó el suelo con la palma de la mano hasta que halló una pequeña piedra. La aferró y se puso de nuevo en pié. La lanzó con delicadeza, apenas a unos pies de distancia delante de él, y no se oyó ni un sólo sonido que emitiera la piedra al chocar contra el suelo. Parmenio respiró más tranquilo, un poco más y se hubiera precipitado al vacío junto con su hija. La bruma se disipó y pudo ver al fin el inmenso precipicio que se abría ante sus ojos y caía abruptamente hacia el río Enade.

El altar era una sencilla escalinata que se adentraba en un saliente natural dentro del enorme precipicio. La escalera estaba tallada aparentemente de forma elaborada, pero claramente desgastada por el paso del tiempo. Los peldaños estaban redondeados y las filigranas y ornamentos apenas se dejaban entrever los pulidos escalones. Parmenio, después de observarlos durante un buen rato, se decidió a subir los cinco peldaños que le separaban de la parte superior del altar. Una superficie circular de veintidós pies de diámetro asomaba directamente hacia las fauces del gran río que bramaba en las profundidades.

Parmenio se acercó al borde. Se asomó y la bruma le envolvió de nuevo. Los dioses le estaban poniendo las cosas fáciles al no dejarle ver el trágico final que acaecería a su hija. La apretó contra su pecho con fuerza. No podía hacerlo. Su corazón estaba a punto de quebrarse. Su mente no daba más de sí, estaba a punto del colapso. Se estaba ahogando con las lágrimas que brotaban de entre sus ojos y que le recorrían sus mejillas. No podía evitar que salieran una y otra vez, una y otra vez. Parmenio ya no sabía si su visión se había nublado por la intensa niebla o por la abundancia de sus sollozos. Giró la cara para no ver, aunque sus ojos se mantuvieran nublados. Asomó el envoltorio al borde del precipicio, escuchando el rugido de los rápidos en el fondo del cañón, y esperó a que sus manos entumecidas flojearan y terminaran al fin con su sufrimiento. Era el designio de su pueblo y tenía que ser así, tenía que cumplir con su deber.

II

Lyliam le había visto partir sin tan siquiera ver un ápice de arrepentimiento en su rostro. Aún mantenía las manos en alto instantes después de ver partir a su marido. Sólo quería despedirse por última vez de su hija. Acariciar sus pequeños y delicados brazos. Tocar sus finos dedos. Sentir su aliento por última vez. Ella conocía las leyes de su pueblo y sabía que Parmenio cumpliría con su deber, pero jamás le perdonaría que se la llevara a sus espaldas. No había nada en el mundo que pudiera consolarla en ese momento, era como una roca inalterada por el tiempo. Las heridas del parto aún le sangraban por el esfuerzo y un leve hilo de sangre le surcaba el muslo. Necesitaba reposo, pero el impulso de ver a su hija era mucho más fuerte. Había traído al mundo a otros dos niños varones, y nunca había tenido que sufrir la pérdida de uno de ellos, ni mucho menos su sacrificio.

La mujer bajó los brazos al ver la figura de un octogenario vestido con una túnica blanca propia de los Ancianos. Masubio permanecía inmóvil, no sabía lo que pasaba. Se había levantado al oír el ruido, con la edad su sueño se había vuelto mucho más ligero y se había despertado al oír salir a la mujer. Esperó a que ella hablara.

- ¿Por qué lo ha hecho? —El Anciano permaneció impassible—. ¿Por qué se la ha llevado?, no tenía derecho a hacerlo. —Masubio miró a la lejanía, en dirección hacia donde se había ido—. Pensaba que la quería, pensaba que me amaba y que haría cualquier cosa por protegerla. —Las lágrimas comenzaron a fluir por su rostro—. ¿Por qué...?.
- El honor de los hombres como Parmenio, a veces hace que hagan cosas incomprensibles para nosotros.

Masubio se le acercó saliendo de las sombras. Su rostro era el estereotipo de un hombre sabio. La barba estaba bien recortada sobre un mentón fuerte pese a la edad. Su pelo era rizado y corto, con pequeños tirabuzones canos. Se apoyaba sobre un cayado de abedul, y aferrándolo con fuerza, se ayudó para aguantar el cuerpo de la mujer que estaba a punto de derrumbarse.

- Sé que no encontrarás consuelo en las palabras que te diga, pero tienes que entender que para él tampoco ha sido fácil tomar esa decisión. —le dijo el Anciano con condescendencia.
- No era eso lo que reflejaba su rostro, Masubio. —El llanto era palpable en su cara, mientras el Anciano trataba de consolarla—. Lo vi en sus ojos, tenía miedo, rehusó mirarme a la cara. Un hombre de honor no huye, se enfrenta a sus temores, te mira a la cara y es consecuente con sus actos. Asume la responsabilidad de lo que hace. —Del llanto pasó a la ira—. ¡Un padre no haría eso!

El Anciano se mantuvo reflexivo, no era fácil dar una respuesta en una situación como aquella. Lyliam negaba con la cabeza, sin aceptar lo que acababa de ver. Una hija

era algo muy diferente a sus dos hijos, con un destino marcado por su pueblo y alejado de ella. Una hija significaba, tener a alguien al que poder criar ella misma, sin la ayuda de maestros. Podría escuchar sus risas, tener inagotables besos y abrazos, una mano para llevarla por donde ella quisiera o simplemente alguien que le hiciera reír con sus ocurrencias cada vez que estuviera molesta. Era alguien con la que pasar los largos momentos de soledad que padecían las mujeres del Caviadan. Masubio observaba cómo la impotencia devoraba poco a poco el alma de la mujer. Por primera vez no tenía respuesta. Lyliam se derrumbó.

— ...un padre no haría eso...

Masubio recogió el cuerpo destrozado por el dolor de la mujer y lo llevó al interior de la casa. La tumbó sobre la cama y la tapó con una manta. Deliraba de desconsuelo. El Anciano nunca había visto a nadie tan roto por el dolor. Sólo podía hacer una cosa. Le preparó una infusión e hizo que se la bebiera, hasta que con su último sorbo un leve sopor la llevó al mundo de los sueños para que pudiera descansar.

III

Se despertó tarde. El cansancio se había apoderado de él después de la tensión acumulada durante las últimas semanas. Parmenio se había sacudido sobresaltado, levantándose con rapidez. Su sueño había sido tan pesado que no se había dado cuenta del momento en el que su cuerpo había dicho basta, y se había derrumbado. Se encontraba en la entrada del bosque, a los pies del camino que descendía del Nak-Enade. No recordaba nada de lo que había pasado, aún estaba aturdido. El sol, alto en el cielo, le cegaba sus ojos adormilados. Le dolía todo el cuerpo por pasar toda la noche a la intemperie. Se incorporó y meditó durante unos breves instantes. Sólo quería olvidarlo todo y enterrarlo en el lugar más recóndito de su alma.

Miró el paño que había envuelto el bulto y se lo anudó a la pernera. Ese sería el último recuerdo que le quedaba de su retoño y jamás se desprendería de él. Se levantó y desayunó algo de comida que había guardado de la noche anterior. Se lavó la cara en un arroyo cercano, en un intento de despejar sus hinchados ojos, cansados de llorar. Sentía que las lágrimas se le habían terminado para siempre, era como si todo el calor de su espíritu se hubiera marchitado y la fuente de su dolor se hubiese secado para toda la eternidad.

Después de comer y deambular un rato por el bosque, en un vano intento de poner en orden sus pensamientos, Parmenio volvió a coger la senda que se dirigía hacia su hogar. Tenía que enfrentarse a la realidad y debía reponerse por el dolor sufrido. Su aspecto era lastimoso. El cinturón estaba caído hacia un lado y las ropas desgarradas, después de adentrarse a ciegas hasta el corazón del Kailash.

Abandonó el camino del bosque y se dirigió hasta su casa. Un pequeño alboroto captó su atención. Era el sonido de voces haciendo una batida con sus perros. El ladrido de los canes se podía oír desde toda aquella parte del Caviadan. Aullaban y gemían,

ansiosos por encontrar lo que buscaban. Parmenio descendió lentamente por una de las laderas, entre los árboles, viendo como un grupo de hombres se dirigía hacia él.

— ¡Allí está!, ¡lo hemos encontrado! —gritaban las voces.

Varios hombres fueron a su encuentro, eran soldados de su propio pueblo que habían salido a buscarle. Desde su casa habían dado la orden de encontrarle después de haberse marchado a escondidas y de manera inesperada. Los dos grandes sabuesos se abalanzaron sobre él, entre lametones de alegría. Aquel había sido el primer gesto de agrado que había sentido en las últimas semanas, y Parmenio lo agradeció, abrazándoles y dándoles unas leves palmaditas en el lomo.

- Me alegro de que estés bien —dijo un hombre recio, uno de los oficiales que conocía bien—, llevamos buscándote desde el alba.
- Simplemente necesitaba estar sólo Haunnel —respondió Parmenio dándole una palmada sobre el hombro, indicándole que se encontraba bien. El oficial lo miró y con un gesto asintió, mostrándole que compartía su tormento—. Termina la búsqueda —ordenó, mientras los cuernos retumbaban a lo largo y ancho del Caviadan.
- Los caballos están cerca. —contestó Haunnel.

El grupo se dirigió hasta una pequeña explanada donde los alazanes bufaban nerviosos por el ladrido de los perros. A Parmenio le cedieron un joven potro moteado de uno de los soldados, que refunfuñaba entre dientes porque le habían quitado su montura. Emprendieron la marcha hasta la casa del Caballero de Mirdar. Sentía miedo de volver a ver la cara de Lyliam, no tenía ganas de ver la mirada de reproche de su esposa, pero si había tenido fuerzas para cumplir con el deber al que le obligaba su pueblo, debería ser capaz de afrontar el juicio de su esposa.

Llegaron a la aldea donde vivía la familia de Parmenio y algo los detuvo. Haunnel y el Caballero de Mirdar se miraron sorprendidos. El estandarte de los Agravios ondeaba junto al portaestandarte y otros nueve guerreros. Ambos se bajaron de sus monturas y se dirigieron rápidamente hacia su casa. Uno de los comandantes de los Agravios los esperaba. Parmenio aceleró el paso mientras las miradas de los dos generales se cruzaban por unos instantes. Algo había ocurrido en su ausencia, y un mal presentimiento surcaba el corazón del Caballero de Mirdar. Carano se interpuso en su camino en un intento de evitar una imagen que no se borraría de la memoria de su amigo.

- No entres ahí, te lo ruego.
- ¿Qué ha pasado, Carano?
- Es mejor que te sientes amigo.
- ¿Qué es lo que ha pasado? —Le insistió, sensiblemente nervioso.
- ¡Es mejor que no, no me obligues!
- ¡Déjame entrar! —El tono de Parmenio empezaba a ser amenazador.

Cuatro Agravios cerraron el camino detrás de su comandante, parecía que estaban decididos a no dejarle entrar. Parmenio al ver cómo le impedían entrar en su casa, se comenzó a preocupar, dio un paso atrás y desenvainó su espada, una falcata larga propia de los hombres del Caviadan.

- Será mejor que no te interpongas en mi camino, Carano. Por mucho que seas como un hermano para mí, ni tú, ni tus soldados —hablaba mientras observaba a los recios Agravios, que esperaban una orden para enfrentarse con el Caballero de Mirdar— podéis evitar que entre en mi propia casa.
- No es necesario que se derrame más sangre Parmenio.
- ¿Más sangre? —Se le cayó la espada de la mano.
- Yo... —Carano estaba cabizbajo.

Parmenio corrió sorteando a los hombres que le cerraban el paso y que no movieron ni un solo dedo para impedirle entrar en su hogar. Carano le siguió lentamente, sabiendo cual sería la reacción de su mejor amigo. Cuando alcanzó el atrio se pudo escuchar un grito desgarrador que enmudeció todo el patio de la casa. Ninguno de los Agravios se atrevió a atravesar el umbral de la puerta. El dolor hizo que los hombres se mantuvieran quietos, afligidos por un segundo rugido de sufrimiento.

El comandante de los Agravios ya había contemplado el trágico suceso, había sido el segundo en verla después de que el Anciano la encontrara, tendida en el suelo de su cuarto y con las venas cortadas. Carano se encontraba en la puerta de entrada de la habitación viendo la desolación de su viejo amigo, que se acurrucaba junto al cuerpo de su esposa, mientras lo mecía, lo abrazaba con fuerza y se aferraba a él, en un último intento de devolver a su mujer a la vida. El cuerpo de Lyliam estaba pálido, con el rígor mortis. Hacía varias horas que había cruzado al Otro Lado. Se había asegurado de que nadie la curara al cortarse las venas de los antebrazos, rasgando a lo largo y no a lo ancho de las muñecas. Estaba tendida sobre un amplio charco rojo, que mostraba una muerte sin dolor al desangrarse lentamente.

El Anciano se encontraba petrificado junto a la mujer, no se había movido de su lado. Su túnica blanca se encontraba impregnada de sangre reseca. Carano conocía bien al octogenario y sabía que se culpaba por lo ocurrido. Lo leía en sus ojos. Algo había ocurrido durante la noche y, aparentemente, parecía como si no la hubiese ayudado lo suficiente, de ahí el sentimiento de culpa.

Pasaron unos instantes, los prudenciales para que la rabia de Parmenio se disipara, y el Comandante de los Agravios ordenó a varios de sus hombres que se lo llevaran de allí. Le alzaron sin apenas esfuerzo. Su dolor lo había consumido. Lo llevaron a una habitación contigua para que descansara. Carano ya tenía todo preparado. Se había llevado a los hijos de Parmenio de allí, con su tía, pero no le había dado tiempo a arreglar la imagen su mujer. Acababa de llegar cuando apareció el Caballero de Mirdar. Tendió una sábana blanca sobre el cuerpo de la mujer, la envolvió y se la llevó de allí, entregándola a sus hombres para que la prepararan para el sepelio.

Entró de nuevo en la habitación y Carano vio como le temblaba la mano al Anciano, en un vano intento de tocar el esfumado cuerpo de la mujer. Masubio parecía que aún no se había dado cuenta de la desaparición del cadáver, Lyliam ya no estaba a sus pies. El Comandante de los Agravios ordenó limpiar toda la estancia, mientras se acercaba al viejo, intentando consolarle.

- No fue culpa tuya Masubio. Los dioses han hecho su elección y Lyliam no podía impedir que se llevaran a la niña, ni tu tampoco te podías imaginar lo que iba a hacer. ¿Quién se podía imaginar...?
- Le di un poco de Calandro para que descansara. —Le miró a los ojos sin ocultar su sentimiento de culpabilidad—. Necesitaba dormir, pero tal vez no le di lo suficiente.
- ¡Vamos, Masubio! No intentes buscar una responsabilidad que no es tuya — respondió el Comandante.
- ¡Debería haberle dado una respuesta!
- Hay cuestiones para las que no hay una solución, no es culpa tuya.
- ¡Tal vez no, Carano!, pero no puedo evitar sentirme como me siento —le dijo con cierto pesar—. Yo fui la última persona con la que hablé. ¿Cómo se supone que tengo que mirar ahora a Parmenio? ¿Qué le voy a decir? ¿Que no hice nada? ¿Qué le di una infusión? —El comandante se mantuvo en silencio—. ¿Cómo le voy a mirar a la cara? ¡Respóndeme!
- ¿Quieres hacer algo por él? —El anciano asintió, aún afligido y rogando una penitencia con la que redimir lo que sentía—. Entonces cuida de sus hijos. Laud y Antio necesitarán de un buen maestro que les enseñe algo más que el arte de la espada. —Carano le cogió del brazo, mientras salían de la habitación—. Vamos, es hora de descansar.

IV

Por la mañana, y finalizado el entierro, la gente comenzó a desfilar hacia la salida del cementerio. Se habían despedido de Lyliam en una ceremonia bastante austera y sencilla, alejada de los grandes sepelios que celebraba la nobleza Alana. El pueblo del Caviadan había comenzado a recibir la influencia de los Mestizos después de tantos años de dominación. Su cultura, la cultura del mundo, había hecho mella en las viejas tradiciones de los Alanos, inmutables y perdurables durante milenios. El poder de su sangre se diluía con los años, debido al mestizaje y a que las nuevas generaciones ya no admitían las viejas creencias. La marca sólo aparecía en raras ocasiones y eran pocos los nacimientos predestinados por los dioses. Los tiempos estaban cambiando de manera abrumadora para ellos, no estaban acostumbrados a los cambios, y durante un tiempo los Mirdalirs fueron un parapeto de todo lo que ocurría en el Mundo Conocido, permitiéndoles permanecer aislados. Pero ahora, eran los propios Mestizos quienes, sin quererlo, les estaban haciendo cambiar.

Para los Alanos, las viejas ceremonias religiosas eran uno de los puntos más importantes de toda su civilización, invocando grandes rituales a los que asistía la inmensa mayoría de las personas que formaban parte del pueblo del Caviadan.

Antiguamente había treinta sacerdotes, cada uno con un cometido dentro de la religiosidad de cada ceremonia. Unos se encargaban de ser augures, otros velaban por la pureza de la marca y evitaban que a los que la portaban, su sangre les corrompiera. Había sacerdotes encargados de abandonar a los pequeños, e incluso en la época de las matanzas, ellos mismos les quitaban la vida, implorando a los dioses por sus almas malditas. Ya sólo quedaban cinco sacerdotes y las filigranas de las decoraciones de los rituales, el fervor de los creyentes y la magnificencia de cada uno de los actos que celebraban por sus difuntos y antepasados se había esfumado con el tiempo, encontrando la practicidad y frialdad de la cultura que le llegaba desde Mirdar.

Los únicos que aún mantenían las tradiciones eran los nobles, y aunque Lyliam pertenecía a esa clase social, el trágico suceso acaecido la noche anterior, había hecho que las exequias fueran sencillas, honrando con ello el dolor padecido por la mujer. Las honras fúnebres habían transcurrido en el más absoluto silencio, quebrado tan sólo por las palabras del sumo sacerdote de los Alanos, el mismo que había condenado a la hija de la difunta. Eylim no se justificó, no tenía por qué hacerlo. Sabía lo que ocurría con los condenados por los dioses.

Al terminar la ceremonia, Masubio se acercó hasta la hermana de Lyliam. El Anciano la contempló, viendo el mismo retrato de la mujer que, hacía unas horas, había estrechado entre sus brazos entre sangre y dolor. Emma y Lyliam eran muy parecidas, aunque la primera era de belleza algo más distraída. Era algo más baja que su hermana y el pelo siempre lo llevaba recogido en un pequeño moño, anudado con un lazo blanco a la altura de la coronilla. La mujer había llevado en su vientre varios hijos, aunque no todos habían llegado a los primeros días de vida, quizás por eso su fisonomía se había ensanchado y sus caderas eran algo más abultadas que en una mujer más joven. Emma protegía a sus sobrinos de cualquiera que se quisiera acercar a ellos el día del entierro de su madre. Los dos se encontraban junto con sus cinco primos, y todos, bien vestidos y arreglados, se hallaban detrás de la mujer en perfecta formación, guiados por la matriarca encargada de protegerlos.

Emma conocía bien al Anciano y sabía que pertenecía a una orden legendaria que asentaba su santuario en el Nak-Karhus, haciendo las veces de consejeros de los Mirdalirs y de guardianes de un gran secreto. Masubio era un Alano por nacimiento y había decidido pasar sus últimos años de vida junto al pueblo que le vio nacer, pero del que se separó a muy temprana edad. Sus padres lo mandaron a las Montañas Heladas para que pudiera recibir una buena formación, alejada de los guerreros de su pueblo. En aquel santuario pasó gran parte de su vida. Por eso Emma lo respetaba tan profundamente, por lo que era y por lo que representaba.

Un halo de misterio rodeaba la figura del Anciano. Era muy raro que se acercara a alguien para darle sus condolencias. Emma sabía cuáles eran sus intenciones, pero no estaba dispuesta a dejar en manos de nadie la educación de sus dos sobrinos, que para ella eran como sus propios hijos.

— Siento la pérdida de tu hermana —comenzó a decir—, ¡mis condolencias!

Las palabras del Anciano habían sido dichas con suma respetuosidad, pero buscando entablar una conversación con la mujer, mucho más allá del propio entierro. Antio, el primogénito, se mantenía firme junto a su tía, a la misma altura y manteniendo la altivez de un gran comandante. El muchacho mostraba la fuerza y entereza de un gran líder, como lo era su padre. Masubio lo analizó y tomó nota de la primera impresión que se llevó de él. Laud, el más pequeño, parecía algo más tímido. Su cuerpo se asemejaba más al de su madre, más frágil y de complexión delgada. Al anciano percibió una cierta inseguridad en el espíritu del joven, algo impropio en alguien de su estirpe.

— Agradezco tus palabras Masubio. Tu preocupación nos honra, a mí y a mi familia.

Con un gesto con la cabeza el Anciano se mostró cortés con la mujer, mientras volvía a dirigir la mirada hacia los muchachos. Ese acto no pasó desapercibido para Emma. Antio lo miraba serio, seguro de sí mismo. «Será difícil enseñarle con la palabra», pensó Masubio. Emma hizo que sus dos sobrinos fueran a jugar con sus primos, mientras la gente se alejaba de la tumba y salía del cementerio. Antio se resistía, algo más consciente de lo ocurrido que su hermano. A Laud, sólo la falta de atención de su madre le haría darse cuenta más adelante de su pérdida. La mujer le ordenó un par de veces que se marchara a jugar con los demás, pero Antio sólo accedió cuando su tía le amenazó con contarle su desobediencia a su padre. El muchacho entonces, bajó la mirada y se marchó a regañadientes.

- Perdona, no es fácil educar a un chico tan cabezota —dijo mientras se acercaba al Anciano, buscando un momento para poder hablar con él.
- No te preocupes, el muchacho lleva la sangre de los Alanos, es normal que actúe así —respondió Masubio sin darle más importancia.
- Dicen que fuiste la última persona que vio con vida a mi hermana. —Ambos comenzaron a caminar.
- Sí —afirmó—, la noche anterior estaba algo nerviosa y hablamos...
- ¿Tan dura fue para ella la pérdida de su hija? —preguntó—. Yo misma he perdido a dos de mis hijos y he sabido sobreponerme.
- Sólo una mujer sabría responder a esa pregunta... —Emma se extrañó al oír esas palabras.
- ¿Te pidió consejo y no supiste responderle? —Masubio se mantuvo en silencio—. ¡Vamos Anciano! Vosotros no respondéis con evasivas.
- ¡Fue un cúmulo de cosas, Emma!
- ¡Parmenio! —La mujer lo sabía, lo veía en los ojos del Anciano.
- Se la llevó por la noche para que no sufriera y tu hermana no le perdonó que se la arrebatara a escondidas. Ella pensaba que la había traicionado. Creía que ese era un dolor que debían de compartir los dos juntos. —La mujer comprendía el dilema al que se había enfrentado Masubio.
- ¡Hoy ni siquiera ha venido!
- No le reproches nada. Los hombres como él necesitan despedirse en soledad y a su manera. Que no le veas, no quiere decir que no venga a despedirse de

ella. —Le miró con reproche, a la mujer no le acababan de convencer aquellas palabras.

— ¿Y bien? —Ella se detuvo.

— ¿Y bien qué?

— ¿Por qué te has detenido a hablar conmigo?, no es propio de vosotros.

Masubio miró a los dos pequeños. Se encontraban desvalidos sin sus padres, especialmente el mayor, mucho más consciente de lo ocurrido. El único regalo que podía darles era proporcionarles una educación mejor. Él nació dentro del Caviadan y podía enseñarles cuanto quisiera sin que los sacerdotes o los jefes de su pueblo se interpusieran, tan sólo debía pedirselo a la persona que ejercía la custodia de los dos menores. Su padre era uno de los comandantes mejor valorados de los Mestizos y pasaba largas temporadas fuera de su hogar, por esa razón la educación de sus hijos recaía en la persona más capaz para criarlos. Masubio sólo estaba allí para pedirle permiso.

— Entiendo que te sientas culpable Anciano, pero no nos debes nada.

— Si no os lo debo a vosotros, me lo debo a mí mismo —respondió.

— No me mires así Masubio —contestó tajante—, para una mujer la educación de sus dos varones, especialmente del mayor, tan sólo es transitoria. Nuestras leyes dicen que a los ocho años todos los niños deben empezar su adiestramiento militar y un plan de estudios mucho más práctico que cualquiera que pudieras enseñarle. —Emma no quería que sus dos sobrinos siguieran los pasos del Anciano—. ¡Eso deberías saberlo!

— No tengo ninguna intención de apartarles de su formación académica, Emma.

— ¡Vamos, Masubio! —La mujer suspiró—. Si la niña no hubiese llevado la marca, no me opondría. Lyliam la hubiera criado ella sola y no se la habrían llevado.

— ¡Déjame enseñarles!

Ella le miraba con cierta pena. Sabía que no podía interponerse a los deseos de un viejo que había abandonado su vida por los achaques de la edad, y había vuelto a su hogar para poder pasar allí sus últimos días de existencia. No era justo tampoco haber sufrido todo lo que le había pasado a Lyliam. Emma miró a los dos muchachos. Al mayor no le harían falta las enseñanzas del Anciano, era fuerte como su padre y seguramente llegaría a ser un buen oficial. En cambio al más pequeño, le costaría mantener el ritmo de su hermano y seguramente viviría a la sombra de éste. Un maestro como Masubio implicaba equilibrar la balanza entre los dos, y eso era algo que Emma estaba meditando muy detenidamente.

— No es a mí a quien me tienes que pedir permiso Masubio. En cuanto hagan ocho años ya no podré cuidarles —dijo resignada la mujer.

— ¡Pero tú puedes interceder ante los sacerdotes!

— Sólo si su padre está de acuerdo —le advirtió—. Aunque no le corresponda decidir a él, siguen siendo sus hijos.

— Me parece justo.

- Te encargarás de la educación de uno de ellos. —Le hizo callar con un gesto de la mano—. No me repliques Masubio, o no enseñarás a ninguno. —El octogenario guardó silencio, esperando que llegara su turno—. Laud es el pequeño y no tienen muchas esperanzas en él. Seguramente su vida se limitará a labores administrativas con los sacerdotes, y será visto como a un sirviente. ¡No me gustaría que le vieran como a un Vacceo!
- Sigue siendo hijo de Parmenio, y no es ningún bastardo, Emma —le replicó el Anciano.
- Por eso pasaría a formar parte del séquito de los sacerdotes. Por eso, y siempre que no espabile, necesita que tú le enseñes, pero sin debilitar su formación.
- No te preocupes, será un Alano de los pies a la cabeza, te lo prometo.
- Te repito Masubio —le aclaró nuevamente—, que no es a mí a quien tienes que pedir permiso. Yo sólo puedo hablar con los sacerdotes, ¡nada más! — Emma vio el gesto de dolor del Anciano y comprendía el castigo que se autoinflingía por dentro, y suavizó el tono condescendiente—. Haré todo lo que pueda.
- ¡Gracias!
- No me las des aún. Esto no te va a salir gratis Masubio.
- Enseñaré también a uno de tus hijos —el Anciano contestó antes de que la mujer pudiera decir una sola palabra—. Me esperaba algún tipo de condición.
- ¡Ya lo veo, ya! —Emma estaba en cierta manera sorprendida por la respuesta—. Me pregunto, realmente, cuál es la cuestión a la que no supiste dar respuesta delante de mi hermana —dijo mientras daba por concluida la conversación y el Anciano bajaba la mirada. Ella no esperaba una respuesta—. Dame un tiempo para que pase el luto por mi hermana, y te prometo que hablaré con Eylim.

Masubio se quedó inmóvil, viendo cómo se alejaban las últimas personas que quedaban dentro del recinto. El cielo se había nublado y amenazaba con descargar una impetuosa tromba de agua. «Quienes quieran que velaran por ellos, o los castigarán, allí arriba, habían tenido el detalle de respetar la ceremonia sin derramar una sola gota», pensó el Anciano. La mujer recogió a los chiquillos que jugaban y eran los únicos que rompían el silencio del momento. Él se quedó de pie, como una de las estatuas de granito del mismo cementerio en el que se encontraba, observando cómo alguien no le quitaba ojo de encima. «Antio, pese a tener seis años, poseía una madurez extraordinaria», reflexionó el Anciano. Un trueno sonó y comenzó a llover.

V

Más de un millar de velas ondeaban ante el rostro de Parmenio. El templo se iluminaba con la luz tenue de su resplandor. Él se encontraba con un rodilla en el suelo, rezando. Imploraba por el alma de su difunta mujer y por la atrocidad que le había llevado a cometer el hecho de cumplir con las leyes de su pueblo. Se encontraba en el Occipucio, el templo principal de la cultura Alana, muy cerca de su hogar. Era de noche y nadie se atrevería a entrar a esas horas dentro de un lugar tan sagrado, salvo los propios sacerdotes. Las siete deidades de los Alanos se encontraban representadas en un amplio

retablo, finamente labrado en madera de haya. La figura de un gran oso resaltaba entre todas las tallas esculpidas sobre el altar. Varios cráneos de plantígrados decoraban las paredes, así como garras disecadas y diversas pieles de animales, dando al lugar cierto aire tenebroso. Las velas estaban dispuestas sobre dos mostradores, y eran las ofrendas de las personas en el día de los difuntos, que se celebraba cada vez que alguien del pueblo del Caviadan fallecía. Desgraciadamente algo habitual en un pueblo guerrero. El comandante estaba arrodillado sobre un mueble especialmente diseñado para orar, con una parte almohadillada para apoyar los codos y las rodillas, aunque no de mucha altura. Su mente se perdía en la inmensidad de sus pensamientos. Tortuosos y funestos. El decaimiento de su espíritu buscaba un refugio dentro del templo, una calma y una paz que no llegaban a su corazón.

Eylim lo había observado durante largo rato, dejándole rezar y apaciguar sus sentimientos en paz. El instinto guerrero de Parmenio y las innumerables campañas le habían hecho tener un cierto sentido de alerta. Hacía tiempo que se había dado cuenta de la presencia del sacerdote y no le había dicho nada por encontrarse en un lugar de culto, pero su aparición comenzaba a resultarle molesta. El sacerdote notó su incomodidad.

— Durante toda mi vida amé a mi pueblo —comenzó a decir entre sollozos de rabia—, me sentí orgulloso de ser un Alano, de pertenecer a un pueblo ancestral que ha sobrevivido a los primeros días y a la Gran Guerra de los Hombres. He llevado siempre los galones de mi mando —dijo mirando la cinta con las Marcas de Maestría— y el nombre de mi pueblo por todo Mirdar. Satisfecho por representar al Caviadan.

Con el dedo tocó la cinta que aguantaba sobre la palma de su mano. Parmenio se quedó anonadado mirándola. Miró el retablo por última vez y se levantó rezando una oración de despedida. Avanzó hasta el sacerdote que se mantenía impasible delante de él. Desenvainó una daga con la figura de una garra de oso engarzada sobre su pomo y la envolvió sobre la cinta con las diez Marcas de Maestría.

— Ya no puedo seguir formando parte de esto, Eylim —dijo entregándole la daga enfundada con la cinta.

Eylim se quedó profundamente sorprendido, sin dar crédito a lo que veían sus ojos. La daga era entregada a aquellos que alcanzaban la mayoría de edad y formaban parte de los Iguales, mientras que la cinta le otorgaba a quien la llevaba el honor de ser un Caballero de Mirdar. Cuando el sacerdote levantó la vista asombrado, Parmenio había abandonado el templo.